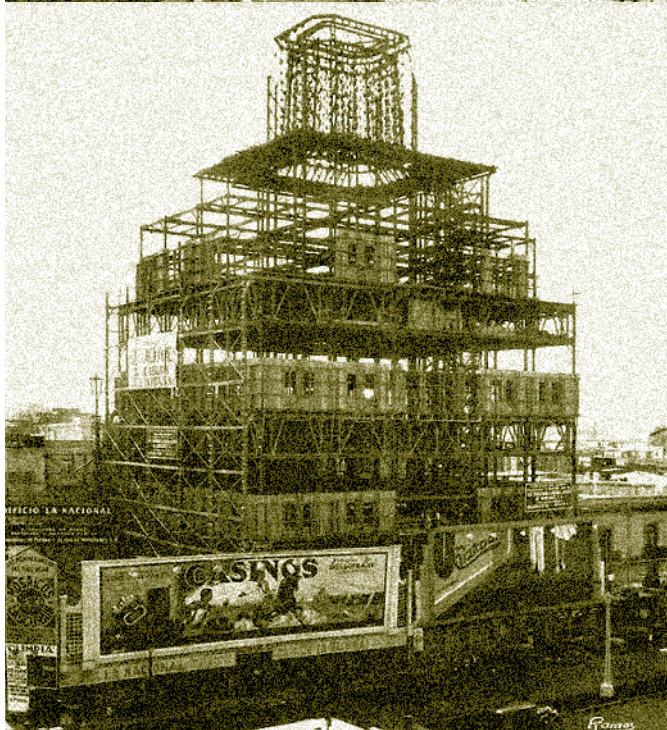


LA CIUDAD INSURRECTA¹

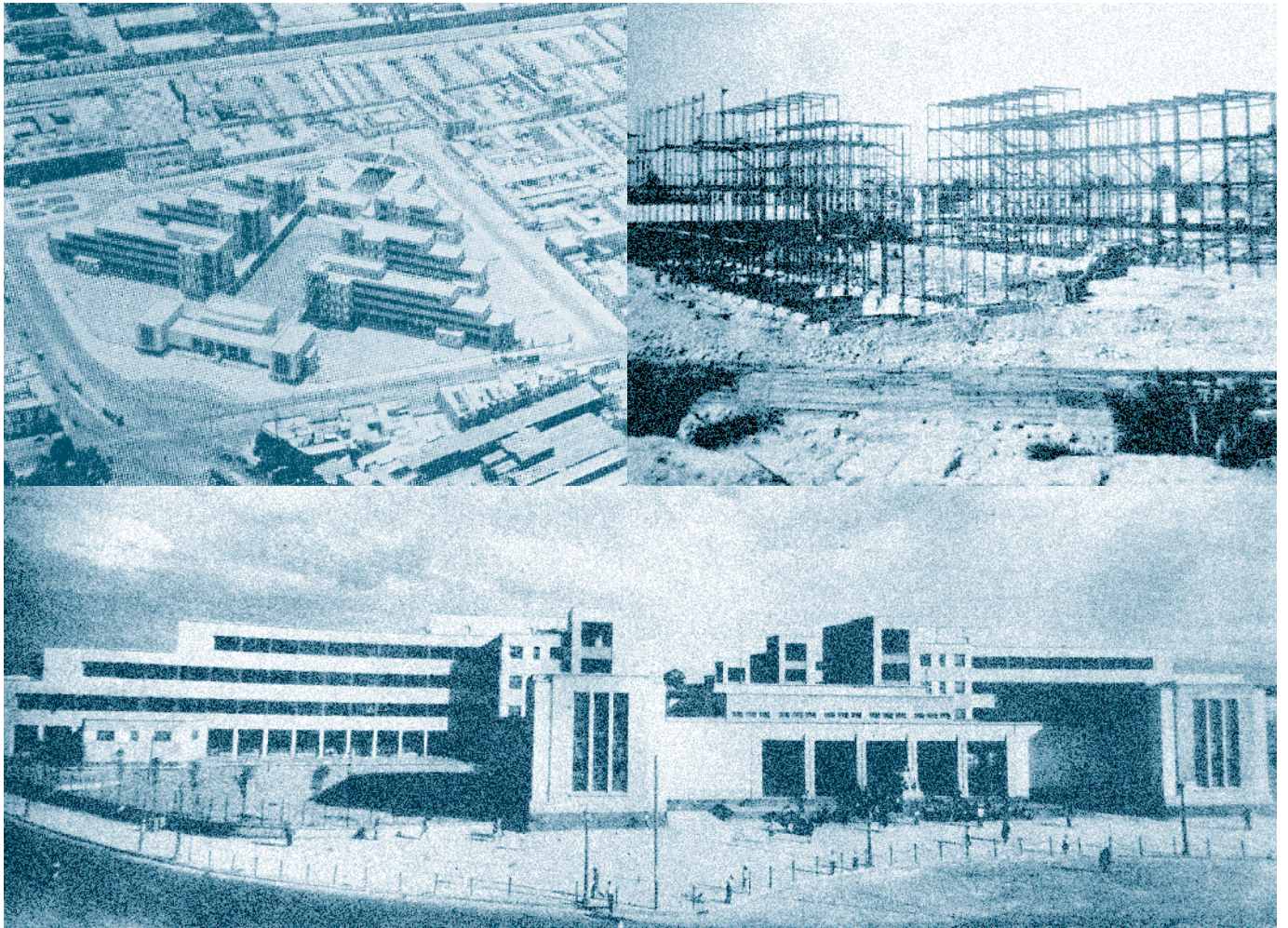
Yanna Hadatty Mora



En el repaso de las simbolizaciones de principios de los años veinte a principios de los años treinta en México, sorprende la constante polarización al imaginar la ciudad: las representaciones oscilan entre la visión del orden y la del caos, la construcción y la destrucción, el registro epifánico y el apocalíptico. Fotografías, caricaturas, planos, proclamas, grabados, pinturas, crónicas, poemas, narraciones, dibujos y escritos de planificación y urbanismo, imaginan, en sus diferentes lenguajes, representaciones del deseo y del temor que provoca la ciudad que se asume en ostensible proceso de transformación. Ciudad vertical u horizontal, representada por un erguido guerrero águila o por una configuración de círculos concéntricos segmentada por anuncios de ejes viales, urbe en que “no pasa nada” o en que todo cambia, el abanico que se despliega para representarla resulta extremadamente contradictorio. En la escritura literaria, la mirada acerca de la urbe que se encuentra en las páginas en prosa de Salvador Novo, Efrén Hernández, Manuel Maples Arce, Gilberto Owen, Jaime Torres Bodet, Héctor Pérez Martínez, José Martínez Sotomayor, Mariano Azuela, Xavier Villaurrutia o Arqueles Vela, coincide en su ambivalencia con las fotografías de Tina Modotti, Agustín Jiménez, Manuel Álvarez Bravo; con los grabados y dibujos de Ramón Alva de la Canal, Fermín Revueltas y Leopoldo Méndez; con las pinturas de Manuel Rodríguez Lozano y Frida Kahlo; con los planos y escritos arquitectónicos de Carlos Contreras Elizondo o José Luis Cuevas Pietrasanta.² Pocos —Maples Arce entre ellos— se pronuncian por la adhesión total a la ciudad moderna. Menos aún —Mariano Azuela más cercano a esta postura— por el total rechazo. La ambivalencia es una constante de la crítica de la modernidad: en el posicionamiento del intelectual coexisten el desafío a la

¹ Este artículo reproduce parte de los materiales y reflexiones del libro monográfico de Yanna Hadatty Mora, *La ciudad paroxista. Prosa mexicana de vanguardia (1921-1932)*, publicado por la Universidad Nacional Autónoma de México en 2009.

² José Luis Cuevas Pietrasanta y Carlos Contreras Elizondo, urbanistas mexicanos de la década de 1920, fueron sucesivamente responsables del curso vanguardista de urbanismo en México, “Planificación de ciudades y arte cívico” en la Escuela Nacional de Bellas Artes; entre 1926 y 1929. Cfr. Arturo Almandoz, “Modernización urbanística en América Latina. Luminarias extranjeras y cambios disciplinares, 1900-1960”, p. 68.



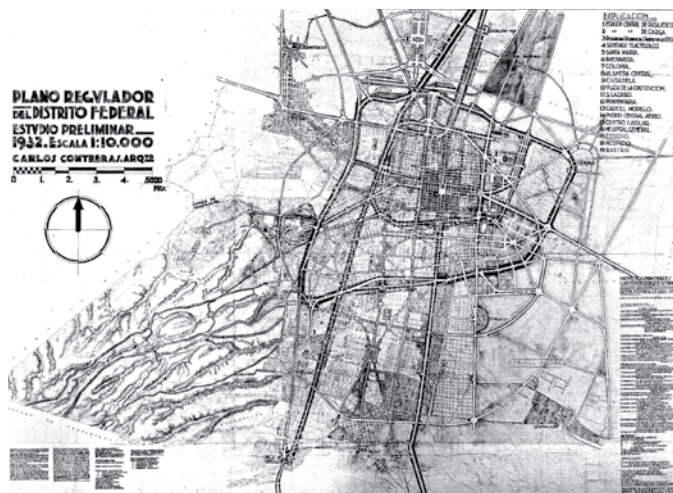
comprensión, la necesidad de evaluar y advertir, la celebración y el encomio.

Quizá por ello sería necesario pensar complementariamente una lectura interdisciplinaria para el período, de historia de la cultura, que perfile con mayor exactitud el imaginario de época. Poder dar cuenta, por ejemplo, de la sincronización con que pueden leerse la aparición de la prosa de vanguardia y la emergencia de las campañas de urbanización y planificación arquitectónica del Distrito Federal. Ambas se ocupan de manera central de pensar la ciudad. En 1922, se fundan el movimiento estridentista y la primera colonia moderna de la ciudad, Chapultepec Heights (Lomas de Chapultepec). Para México, son los años de la determinante “americanización de la modernidad”, cuando la idea de progreso pasa a ser equivalente a adhesión al modelo capitalista norteamericano. En 1925 regresa de Estados Unidos quien llegaría a ser quizá el más importante urbanista de la época, Carlos Contreras Elizondo, para proyectar durante los siguientes dos años el primer Plano Regulador de la Ciudad de México. Una serie de conceptos se discuten. ¿Será México la ciudad moderna estilo Le Corbusier, de verticalidad y rascacielos; o una ciudad moderna más

horizontal, al estilo “ciudad jardín”, en sintonía con el modelo alemán? Y, la pregunta más difícil de formular, dentro y fuera del ámbito de la arquitectura y el urbanismo: ¿será México realmente una ciudad moderna? El plano de Emily Edwards (1932) la dota de un rostro autóctono, masculino, de valentía y raigambre aztecas: la ciudad es un caballero águila; espacio acogedor de obreros, campesinos, estudiantes. Contreras, por su parte, se obliga a reflexionar en términos sociales e históricos (1927), antes de trazar su plano regulador (1933), que propone ordenar el desarrollo moderno en torno al Zócalo a partir de comunicar entre sí las arterias que conducen al centro de la ciudad.

En otras latitudes, años más, años menos, diversos estudios sociológicos que luego formarán parte del corpus de las “teorías de la modernidad”, formulan que la ciudad, más que un conglomerado físico, humano, social, debe concebirse como “un estado mental, un cuerpo de usos y tradiciones, y las actitudes y sentimientos organizados que son inherentes a estos usos y son transmitidos con esta tradición”.³ Ni un mecanismo físico, ni una construcción

³Robert Ezra Park, “The city: suggestions for the investigation of human behaviour in the urban environment”, en Park, Ernest W. Burgess, Roderick D. McKenzie, *The City*. Chicago, The University of Chicago Press, 1925, p. 1.



Prosa, vanguardia, urbanismo, Ciudad de México

artificial; sino un producto social de la naturaleza humana en circunstancias particulares. Igualmente postulan que el aglutinamiento de habitantes en megalópolis conlleva la aparición de un nuevo fenómeno humano; puesto que “el mundo externo se vuelve el mundo interno del individuo”; y la modernidad es vista entonces en términos de cultura material. También proponen que el urbanismo como categoría debe relativizarse, según las características de lo particular urbano, estudiando sus variaciones. Estas actitudes se anuncian ya en estas prosas mexicanas.

Género ignorado como tal por la historiografía literaria, la prosa de vanguardia de los años veinte y principios de los treinta no fue percibida como un coto aparte dentro de la irrupción de las denominadas vanguardias históricas, en México como en el resto de Iberoamérica. Uno de los principales problemas resultó el hibridismo de las obras, que en parámetros tradicionales las volvían genéricamente irreconocibles, pues causaban un enorme desconcierto, un mayoritario rechazo, o quedaban cubiertas por un efecto de invisibilidad entre lectores y especialistas de la época. Manifiestos y crónicas híbridas, cuentos y novelas metaficticios, quedaron embozados por el enfoque periodístico, cultural y político; y excluidos de una posible revisión de orden diferente.

Partiendo de la revisión crítica emprendida en los años noventa por especialistas en las vanguardias hispánicas, se puede seguir otras pistas que permiten examinar en conjunto la crisis de la modernidad que implican estas propuestas de ruptura, que ejercen al mismo tiempo una parcial negación del realismo y sus referentes, y cierta exaltación y crítica que se centran sobre todo en torno al tóxico de la ciudad moderna. Nacionalismo, cosmopolitismo y vanguardia —en las artes plásticas como en la música o en la literatura— convergen más de lo que

se oponen, dentro del recién inaugurado proyecto del México revolucionario.

Después de una revisión bibliográfica amplia se puede sostener que de principios de los años veinte a principios de los años treinta coinciden las publicaciones de varios escritores mexicanos no aglutinados en torno a un único grupo, quienes inconformes con las estrategias mimético-realistas, abren sus referentes hacia otras posibilidades para construir una prosa de ruptura, que denominamos de vanguardia. El emblema de estos prosistas, el objeto favorito de su prosa es, casi de manera inevitable, la ciudad; con la precisión de que por antonomasia se trata de la Ciudad de México, urbe que se contorsiona a veces más de lo que crece; y se transforma, ante sus ojos, quizá mayormente a nivel de los anuncios y la velocidad de los medios de transporte y comunicación, metamorfosis que estos prosistas desean y temen a un mismo tiempo, pensando que en ella debe surgir de manera inicial la materialización de la anunciada modernidad.

En esta propuesta de lectura, resultó necesario volver sobre la reflexión en torno a la discusión de este tópico, en el caso mexicano plenamente vinculada con la construcción imaginaria de la capital a partir de la transición del proyecto moderno del Porfiriato hacia el de los primeros gobiernos revolucionarios, y sus concreciones técnicas y materiales. Aparentemente, los prosistas, más que discutirse vanguardistas o realistas, construyen discursos sobre las transformaciones reales e imaginarias de la capital, y lo que éstas representaban, de utópico o “distópico”. La visión urbana que surge de quienes publican asentados en ella, asume oscilatoriamente una y otra postura, y en ocasiones los textos parecen extremadamente contradictorios si se considera que, a pesar de pertenecer al mismo tiempo y lugar, disienten en su geografía de referencia al escoger distintos fragmentos de la ciudad, excluyentes entre sí, que crean una urbe irreconocible. Además, con el impulso de renovación coexiste una mirada profundamente crítica de la modernidad, con la idea de la descompensación que produce a nivel individual el impaciente mundo que proclama que el “tiempo es dinero” y sus alienantes máquinas concitan. Esta sensación de incoherencia o falta de cohesión se desvanece al reformularse el marco de referencia, pues son estas mismas crisis y contradicciones las que resultan características plenas del periodo. ☐

Yanna Hadatty Mora. Ecuatoriano-mexicana, investigadora de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), donde trabaja desde hace 20 años en el Instituto de Investigaciones Filológicas. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores en México, y de la Asociación Internacional de Ecuatorianistas. Sus intereses van de las vanguardias literarias a la literatura latinoamericana del siglo XXI; con acento en la relación prensa-literatura. Autora de tres libros de crítica sobre las vanguardias.